

EDITORIALES

Llegó el día

El cacareado 1-O pasará sin dar solución a un conflicto que no se resuelve en los tribunales, sino con el diálogo y la política

La madurez de que, pese a todo, ha hecho gala este país y la buena preparación de nuestras fuerzas de seguridad permiten afrontar la delicada jornada de hoy sin alarmismo, ya que es de suponer que el despliegue preventivo desarrollado por el Estado, con la consiguiente imposibilidad de llevar a cabo un verdadero referéndum, convertirá la escenificación en un simple gesto emotivo, todavía más irrelevante que el del 9-N, aunque probablemente las secuelas jurídicas serán esta vez más cruentas ya que importantes sectores institucionales de Cataluña han cometido infracciones notorias que un estado de derecho no puede remitir alegremente al olvido. Ayer las organizaciones sociales que han participado en la organización de la consulta fallida rebajaban singularmente las expectativas, lo que enfría el temible desenlace de este reto al Estado cargado de tensión. Lo más descorazonador es que, dada la inutilidad del alarde soberanista, el conflicto permanece lógicamente intacto, si acaso todavía más caldeado por el desarrollo tenso de una jornada en que la épica se ha desvanecido para dejar paso a la frustración. Y las soluciones siguen siendo sin embargo las mismas: la democracia, de la que nadie querrá abdicar a pesar de los intensos chirridos que lo han enmarañado todo, se caracteriza por la renuncia a la violencia y por la superación de los diferendos mediante el diálogo y la negociación. En un marco de juego -y aquí ha fallado el aparato soberanista- previamente establecido por consenso de todas las partes. Es decir, la democracia avanzada funciona si se respeta el previo pacto social, que ha requerido al menos una vez, en el origen, la unanimidad, que debe respetarse. El punto de partida de esta nueva etapa que ha de abrirse está por añadidura cargado de prejuicios. El Gobierno de la nación ha manifestado estas últimas horas que ya no reconoce a Puigdemont ni a Junqueras como interlocutores válidos en una hipotética negociación. Y las dos formaciones nacionalistas democráticas, el PDeCAT y ERC, insisten en que se ha llegado a este punto porque el Ejecutivo español siempre se ha negado a negociar. En cualquier caso, es patente que no será fácil encontrar ahora a los interlocutores idóneos que, primero, trabajen para rebajar la crispación, de forma que se pueda, después, arbitrar una solución política que, a estas alturas, parece que solo puede ser una revisión prudente pero audaz del modelo de organización territorial. Y todo ello deberá encauzarse mientras el sistema judicial arbitra de la manera más racional posible el desenlace penal de toda la sinrazón reciente, que no ha de quedar impune pero tampoco ha de convertirse en obstáculo insalvable.

Es previsible que el PDeCAT y ERC comprendan de inmediato la necesidad de convocar elecciones autonómicas que deberían tener lugar cuanto antes y que representarán una saludable renovación de los actores, ya que parecen inevitables algunas inhabilitaciones. La llamada a las urnas, que reconocerá por enésima vez el genuino 'derecho a decidir' de los ciudadanos de Cataluña, facilitará probablemente el buen fin de tales negociaciones, que en Madrid debe ser urgidas por los tres partidos constitucionalistas. Pero es muy importante afrontar este nuevo proceso con claridad para evitar nuevos equívocos: ni estas elecciones regionales ni cualesquiera otras del mismo rango pueden ser 'plebiscitarias'. La soberanía nacional sigue sin estar en juego y los parlamentos autonómicos tienen las competencias limitadas que la Constitución y el correspondiente estatuto de autonomía les reconocen. Y el statu quo que se consiga al término de este delirante golpe de mano ha de valer para cualquier equilibrio parlamentario. Los episodios que venimos de vivir deben provocar una evolución reformista del sistema pero, a su término, han de dejar un clima de pacífica convivencia y de confianza reencontrada y renovada.

Sur de Málaga.
01.10.2017

A CADA UNO LO SUYO
PEDRO MORENO BRENES

¿Y el 2-O?

Diálogo, todo el del mundo el lunes,
pero de forma civilizada



Cuando usted tenga delante esta columna, querido lector, en mayor o menor medida casi todos andaremos pendiente de lo que pase hoy en Cataluña. Hago votos, aunque resulte paradójico, para que no se vote. No me molesta que la gente acuda a las urnas, al contrario, aunque suene cursi, me gusta el slogan de que el día de los comicios es el día de la democracia, pero actuar contra la ley en un estado democrático (en una dictadura la cosa cambia), es el aullido de la selva política, donde seguro que gana el más bestia, y no el que tenga más apoyo y argumentos. En todo caso espero de corazón que la violencia esté ausente de ese querido trozo de nuestra España y las fuerzas de seguridad logren, con equilibrio, mesura y firmeza, que se respete las resoluciones del TC y de los tribunales ordi-

narios, y que salvo anécdotas, nada grave pase. ¿Pero, y el 2-O?

No tengo el diploma de adivino, pero no es temerario pensar que el lunes todos hayan ganado. La Ley 19/2017 prevé (art. 9) que el referéndum «...se celebrará el diumenge dia 1 d'octubre de 2017, d'acord amb el Decret de Convocatòria» y la Ley de Transitoriedad Jurídica y Fundacional de la República, establece que todo este proceso de separación de España arrancaría en caso de que el «referéndum sobre la independencia de Catalunya» anunciado para hoy fuera favorable a la opción independentista. No tengo dudas de que el referéndum, en cuanto acto colectivo con eficacia jurídica no se celebrará este domingo, ya que está expresamente prohibido y suspendidas por el TC las dos leyes mencionadas, pero algo harán, de facto, con el má-

ximo de repercusión mediática que puedan.

Es muy probable que el sector más radical del independentismo considere que el supuesto de hecho para la entrada en vigor de la Ley de Transitoriedad se ha producido, y en consecuencia, pretendan iniciar el disparatado proceso de constituir un estado propio, desplazando al derecho y a las instituciones de la Nación en Cataluña (apropiación de recursos humanos, económicos y materiales de la administración del Estado, desmantelamiento de la planta judicial, amnistía para todas las responsabilidades derivadas del proceso independentista...). Tampoco hay que descartar que se produzca una fractura en ese bloque, ya que es probable que entre las autoridades de la Generalitat, algunos no tengan una especial predilección por adquirir la condición de procesados y condenados por sedición y otros tipos penales. En todo caso, si se adoptan todas o algunas de las medidas de 'desconexión', no queda otra que aplicar el art 155 de la CE, tal como les conté en otra columna; por otra parte, en mi opinión no resultaría aplicable la Ley 36/2015, de 28 de septiembre, de Seguridad Nacional.

Y diálogo, todo el del mundo el lunes, pero de forma civilizada. Que se dejen la piel en ofrecer argumentos al resto de los españoles, vía Cortes Generales, de que es bueno reformar la CE para separar a Cataluña de España. Quien sabe, lo mismo nos convencen.

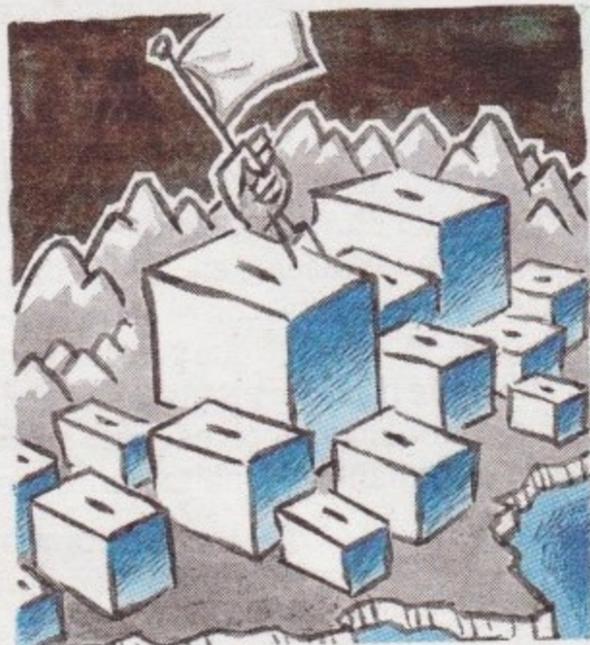
POR AHORA
JOAQUÍN L. RAMÍREZ

Urnas chinas

Decía Junqueras que ellos –els catalans– son genéticamente más cercanos a los franceses. Son aportaciones de un impensable rigor histórico que revelan intenciones e inspiración realmente tragicómicas e intolerables



En las horas previas al desarrollo del 1-O se percibe la tensión en cada centímetro de España. No hay más tema de conversación que Trapero y sus Mossos, los colegios catalanes –a caballo entre ser lectivos y electorales–, los niños y sus padres o el macramé como actividad para echar el fin de semana. En tanto, las urnas chinas, de plástico opaco y con la senyera en blanco y negro, aguardan en mil lugares para ser mostradas al sol. Los ‘oprimidos’, con un fenomenal aparato institucional fraguado a lo largo de casi cuarenta años, han empeñado toda su versatilidad y amplio despliegue al desafío al Estado. La cosa pública catalana, sólo al servicio de los que quieren secesionarse, quiere arrasár la actualidad y la historia a toda costa. Hay partido, pero también y de antemano hay resultado. Se precinten o sellen las sedes electorales señaladas, hay que mostrar al mundo que se votó y, si se puede, que se votó mucho, casi todo. Sin junta electoral –los sindicatos cesaron–, sin censo conocido, sin convocatoria legal, con la imperante necesidad de hacer triunfar el sí como sea, esta noche darán a conocer el ‘éxito’ de la consulta, caiga quien caiga y sea como sea. Con un poco de suerte nadie podrá impedir que voten los padres encerrados, y muy probablemente también los niños, ¿por qué no? aunque no les haya llegado la urna china. En el cole hay bolsas, cajas grandes y pequeñas, puede que peceras y hasta alguna urnita para votacio-



nes del claustro, que podrían servir. Aparte, estarán los fantasmales datos del voto por correo, o puede que nos sorprendan con otros votos emitidos a través de internet con un procedimiento ‘espontáneo’.

El mundo nos mira cocernos en nuestro propio laberinto, generado durante años a lo largo de las cuatro décadas más prósperas y políticamente más estables de nuestra historia. Amparados, además, por la Constitución más moderna, duradera y consensuada. La región más próspera, la de mayor inmigración de personas procedentes de todo el territorio nacional, la de mayor renta, mejores infraestructuras, mayor tasa de empleo, prosperidad y creación de riqueza, instó su proceso para abandonar «tanto sufri-

miento, opresión, abuso y robo de un estado autoritario».

España está molesta, el desprecio de los que corean a los golpistas y acatan sus instrucciones se toma como el agravio que es. Decía Junqueras en una entrevista que «... ellos –els catalans– son genéticamente más cercanos a los franceses...» Son aportaciones de un impensable rigor histórico que revelan intenciones e inspiración realmente tragicómicas e intolerables, mejor no analizarlas.

La respuesta institucional de España ante el auténtico e indiscutible golpe del estado que lidera Puigdemont, la máxima autoridad estatal en Cataluña, es excesiva para algunos e insuficiente para otros. El desafío está planteado y se reitera todos los días, detener al presidente de la Generalitat será desagradable pero llegará, también unos se rasgarán las vestiduras considerándolo inaceptable y otros dirán que ya es tarde. Pero en un estado de derecho que se respeta, todo llega cuando toca, sin que la pasión ciegue a quienes tienen las más altas responsabilidades, haciendo frente a ellas con justeza, prudencia y determinación.

Aunque quiera envolverse en terciopelo o democracia, el 1-O de 2017 es tan grave y de igual tenor que el 23-F de 1981. Ambos son golpes de estado, el de Tejero terminó en ‘putsch’ –intento fallido–, el de los secesionistas de la Generalitat también lo será, lo está siendo hoy, ahora.

Las agencias de rating, aún esta grave crisis, mantienen la puntuación de España, pero nadie debe dudar que situaciones como la actual influyen negativamente en la recuperación económica. Los amotinados, cegados por las mentiras y los empujones, no reparan en nada, los negativos efectos de su acción se van a dejar sentir dentro y fuera de tierras catalanas. Es patético Junqueras, casi tanto como Carles Puigdemont, lo es Forn y hace ostentación de ello Turull –el portaveu–. Todos ellos han arrastrado a una sociedad a su fragmentación y hasta alguna revuelta sin que les importe nada, es la imprudencia, la temeridad, el desahogo, es el dechado de virtudes que les adornan.

Como dice el escritor catalán Eduardo Mendoza: «la Historia nos enseña que no se grita por las calles que no hay democracia cuando realmente no hay democracia...»